

Abraham Skorka
Rabino de Buenos Aires
Salmo 1

S. Maria in Trastevere, martes 14 de enero de 2014

Siguiendo la forma en que mi querido amigo, el papa Francisco, comenzó a hablarles a los romanos una vez elegido Papa, les digo a ustedes "buonasera".

He elegido este salmo para compartir un momento de reflexión con ustedes, queridos hermanos, inspirado en la relación de afecto, de amistad y de trabajo espiritual que hemos realizado en Buenos Aires durante tantos años cuando el papa Francisco era el arzobispo de la ciudad. Cuando nos reuníamos siempre nos mirábamos a los ojos y decíamos: "¿Cuál es el próximo proyecto?". Así nació un libro de diálogos y así grabamos 31 programas para la televisión. Muchas veces nos preguntábamos: "¿Acaso con todo esto podremos cambiar la realidad de la sociedad argentina?". Muchos me preguntan hoy en día: "¿usted cree que el Papa va a cambiar el mundo?". Mi respuesta se basa en el planteo de la fe que aparece en este, el primero de los salmos. ¿Cuál es el verdadero premio que recibe el hombre justo? ¿Qué es lo más sublime hacia lo cual podemos aspirar en nuestras vidas? Dejar un sello, dejar una impronta. No podemos transformar en realidad todos nuestros sueños e ideales. Somos falibles, nos equivocamos. Lo que más podemos soñar es dejar una impronta, dejar un sello, dejar una marca. Para dejar realizaciones, cosas materiales realizadas, tienen que darse distintas cosas, distintos puntos, que deben ayudarnos para dicha realización. Pero orar, obrar bien, para hacer lo bueno, lo justo, lo misericordioso... eso es una decisión nuestra y propia. Más allá de las vicisitudes en las que vivimos. Pero a través de la acción de bondad, de justicia, de rectitud, de amor, dejamos un sello. Es este árbol que está descrito en este capítulo uno. Y muchas de las cosas que nosotros no vamos a ver en nuestras vidas seguramente darán sus frutos en otras generaciones. Esta es una de las tantas visiones de la fe bíblica: que . Igual que aquel que planta un árbol, que solamente da frutos después de muchos años, frutos que tal vez no comeremos, pero la obligación de plantar el árbol, la tenemos. Hay un relato rabínico donde se nos dice que un joven le pregunta a un anciano que plantaba un árbol que solo daría frutos después de muchísimos años. El joven le dice al anciano: "¿Por qué lo plantas, si no vas a comer sus frutos?". Y el anciano le contestó: "Mi padre también plantó un árbol para mí. Yo planto árboles para los que vendrán".

Estoy seguro que en nuestros rezos, en el de mi querido amigo el Papa, y el mío propio – porque siempre cuando nos escribimos emails, terminamos los emails rezando el uno por el otro–, estoy seguro que esta visión del salmo uno la compartimos. Compartimos muchos sueños, y algunos sueños se transformaron en realidad. Esperemos poder seguir soñando y pragmatizando los sueños, transformándolos en realidad. Pero en lo más profundo de nuestro ser sabemos que lo más importante es aquello que no vamos alcanzar a ver, pero que seguramente con la bendición de Dios algún día será realidad sobre la faz de la tierra.

Muchas gracias